

EL DOLOR FECUNDO

Más de una vez nos habrá causado admiración el que la Iglesia, como desglosando de todo el drama de la Pasión de Cristo el capítulo de los sufrimientos de María, celebre con fiesta especial, y muy del gusto y devoción de los fieles, los siete dolores de nuestra Divina Madre, rindiendo culto peculiar y fervoroso al acervo dolor que la sublimó a las alturas de su gloria inmarcesible.

Y es que en el Corazón de María, traspasado por las siete espadas de dolor, puso Dios la más alta escuela de santificación del sufrimiento; y en ella tenemos que aprender todos los mortales el misterio de la ley inexorable del dolor y comprender las inefables grandezas, las riquezas inestimables del sufrimiento cristiano.

El dolor de María no es como el torrente que rápido y alborotado pasa y se sepulta en el abismo; es *velut mare*, como el mar que en la inmensidad de su seno aprisiona los caudales de toda la naturaleza, y ora copie en sus ondas tranquilas la paz de los cielos, ora cante con el mugido de la tormenta la majestad de Dios, siempre conserva su admirable fecundidad y la tranquilidad opulenta de sus insondables abismos.

Aquella Virgen Inmaculada, prodigio de gracia y de una fecundidad admirable; como la lluvia del cielo hace germinar la tierra estéril, así las lágrimas, que son el rocío del alma, arranca a la piedra dura de nuestro corazón los frutos sabrosos de las virtudes cristianas.

Si el dolor aviva la fe y engendra virtudes, ¿por qué esta sociedad, atormentada por indecibles torturas, no tiene ya la fe de los mártires y las virtudes del asceta?

Es que su dolor es infecundo, es que no llora las lágrimas del cristianismo, serenas, tranquilas, resignadas.

Las generaciones actuales, empujadas por el huracán de pasiones desenfrenadas, buscan la felicidad en el placer, y en el refinamiento del deleite quieren hallar el consuelo del sufrimiento que nace con nosotros y con nosotros muere; pero la voz del dolor se alza más pujante y la felicidad mundana se convierte en amargo llanto y los placeres sensuales degeneran en el lamento triste del infortunio, que continúa resonando implacable en medio de la orgía y del festín. Hay un abismo infranqueable entre el verdadero consuelo y los fundamentos de felicidad que echan los amadores del mundo y buscadores del placer.

Por eso, despreciando esas doctrinas falaces que emponzoñan nuestra vida, cuando los tormentos del dolor agiten nuestra alma y el sufrimiento hiera las fibras más delicadas de nuestro corazón haciendo brotar raudales de llanto consolador, sepamos buscar el alivio único, el supremo consuelo; levantemos los ojos al corazón traspasado de María, y en los sufrimientos de los Mártires aprenderemos que la vida



es una escuela del dolor, que nuestro destino en la tierra es sufrir al pie de la Cruz junto a la Madre de dolores.

F. M.

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Madre amorosa, perdón,
que yo lo sacrificué.

JOSÉ ZORRILLA.

La frente inclinás al suelo
y el llanto tu rostro abraza,
Madre mía ¿qué te pasa
que tan profundo es tu duelo?

¿Por qué madre celestial,
símbolo de tu quebranto
envuelve fúnebre manto
tu figura virginal?

¿Qué significan, que son
esas terribles espadas
cuyas puntas aceradas
traspasan tu corazón?

¿Por qué lloras, Madre mía,
y va ese llanto a raudales
tus mejillas celestiales
surcando, Virgen María?

¿Te horroriza esa visión
donde en profético sueño,
miras pendiente de un leño
al Hijo del corazón?

¿Lloras por que Herodes cruel
sobre Jesús cierno airada,
amenazadora espada,
y huyes por librarle de él?

¿O es que el rostro en llanto bañas
y sientes el pecho herido,
viendo tres días perdido
al hijo de tus entrañas?

¿Qué causa tu desventura?
¿Ver ese manso cordero
cruzando con el madero
la calle de la amargura?

belleza, que contempló S. Juan en las revelaciones de Patmos, vestida del sol, coronada de estrellas y la luna por escabel, consuma la perfección de su gloria en las lágrimas que abrasan sus mejillas, en las espadas de dolor que traspasan su alma; porque la pureza inmaculada de María y su divina Maternidad nos arrebatan de entusiasmo y admiración; pero su consagración por medio del dolor nos descubre a la Madre amorosa que en el sufrimiento nos concibió y nos acompaña solícita en las tribulaciones de la vida.

Los dolores de Jesús inundaron el alma de María; y esta transfusión de sus almas, esta compenetración dolorosa, este martirio mutuo, dió a María los derechos de realeza sobre las almas, constituyéndola Madre y Corredentora de la humanidad y dotándola del privilegio sin igual de que su acción sea inseparable de la acción de Jesucristo en la obra de nuestra Redención.

Y por eso, porque María es nuestra madre, madre del dolor, los anales de las miserias humanas están llenos de las misericordias de María y, lo mismo en el débil crepúsculo de las figuras antiguas que en las luminosas realidades de la ley de gracia, el paso de nuestra Madre por el mundo es como la trayectoria magnífica de un sol esplendoroso por el hemisferio del dolor.

El dolor, por su santificación en Jesús y María, tiene estaría anogada la más pura e inocente de las criaturas.

María desde el trono del dolor en que se asentaba, cual reina desolada, podía exclamar con los acentos de la más profunda tristeza: *Grande como el mar es mi amargura. ¡Oh vosotros que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor.*

No es de admirar que la Iglesia, nuestra madre, solícita por nuestro bien espiritual promueva, con todo empeño, la devoción a los Dolores de la Santísima Virgen, instituyendo dos festividades, una en el tercer domingo de septiembre, y otra, el viernes de la semana de Pasión.

Es tan grato a Jesucristo el que los fieles mediten los dolores de su Santísima Madre, que a los que así hacen concédeles gracias especiales y son tenidos en gran estima por el divino Corazón de Jesús.

Marchese, en su *Diario de María*, refiere una antigua tradición, según la cual Jesucristo otorgó, a ruegos de la Santísima Virgen, cuatro gracias especiales a los que practicasen con fidelidad tal devoción: la primera, alcanzar algún tiempo antes de morir, perfecta contrición de todos sus pecados; la segunda, una especial asistencia en la hora de la muerte; la tercera, grabar profundamente en su espíritu los misterios de la Pasión; y la cuarta una eficacia especial de cuanto a nombre de ellos pidiese María. Santa Brigida refiere en sus *Revelaciones* que estando en la iglesia de Santa María la Mayor, en Roma, manifestóse en una visión el inmenso precio que en el Cielo se hacía de los dolores de la Santísima Virgen.

¿Mirarle en la cruz clavado,
bañándole sudor frío?
¿Oírle gritar: «Dios mío!
¿Por qué me has desamparado?»

¿Lloras, oh Virgen María!
al verle en tus brazos yerto?
¿Lloras viendo que está muerto,
el que fué la luz del día?

¡Madre, Madre! escúchame:
yo he causado tu aflicción.
Virgen bendita, perdón
¿Qué yo lo crucifiqué!

MARIANO ARENILLA.

La Iglesia y los Dolores de la Virgen

Amar y sufrir, hé ahí los dos sentimientos que embargaban de continuo el alma purísima de la más inocente de las criaturas, María Santísima.

Si como sienten los doctores de la Iglesia, la Virgen tuvo pleno uso de razón desde el primer instante de su Concepción Inmaculada; si desde el principio de su animación, recibió María gracias tan extraordinarias, como afirman insignes teólogos, que sobrepujaban a las de todos los ángeles y hombres juntos, cabe de aquí deducir el inmenso fuego de caridad en que se abrasaría el inocentísimo Corazón de María, de esa Virgen singular que constituye, en todo su esplendor la obra maestra de la omnipotencia divina.

Mas si el dolor de la Santísima Virgen se mide por su purísimo amor, excediendo éste en mucho al de todos los hombres y ángeles del Cielo, de aquí podremos colegir las acerbísimas penas y dolores intensísimos en que